

EL EROTISMO FEMENINO EN LAS MUSAS DE LA LITERATURA

MÍSTICA:

TERESA DE JESÚS Y DELMIRA AGUSTINI

M^a Rosa Iglesias Redondo

Jaime Puig Guisado

Universidad de Sevilla

1. MÁS ALLÁ DE LOS MUROS

Las dos protagonistas de este trabajo, adecuándose a los tiempos en los que viven, tendrían que identificarse con mujeres de casa, mujeres al servicio del hombre en una sociedad androcéntrica. Sin embargo, tanto Santa Teresa de Jesús como Delmira Agustini se salen de los cánones establecidos en el mundo que las rodea transgrediendo los comportamientos propios de sus tiempos, por lo que serán consideradas a veces como locas, personas que quieren trascender los roles de género y que en la actualidad han resucitado como ejemplos de mujeres valientes que buscan una personalidad propia y una voz con la que comunicarse.

Desde una perspectiva de género, en nuestro trabajo intentamos un análisis comparativo de una selección de textos de las dos autoras, en el caso de Santa Teresa de Jesús, sus poemas más conocidos repartidos en sus escritos, y en el caso de Delmira Agustini, su obra de madurez poética *Los cálices vacíos*. Este enfoque se complementará con un repaso de sus vidas en una línea psicoanalítica, que nos ayudará a comprender de forma más certera algunos rasgos importantes de sus obras.

Santa Teresa de Jesús nace en 1515 en Ávila. Educada en casa, Teresa fue una mujer culta que aprendió a leer y a escribir, aficiones compartidas con su madre que la harán conocida en nuestros días y por las que ha merecido reconocimiento. La crítica ya ha señalado bastantes rasgos de su vida en relación a su actitud futura.

Ya se notó la afición, compartida con la madre, a los libros de caballerías. Su lectura la traía fuera de sí, mientras la realidad, en torno, juegos y conversaciones sobre estos y otros temas, disparaban la imaginación sin dejarla sosegar [...]. Con la lectura conseguía identificarse con los protagonistas de la fantasía [...]; Vanidades del sentimiento más tarde advertidas como obstáculos a sus grandes ideales. (Poveda Ariño, 1984: 75).

Al enmarcarse en el siglo XVI, desarrolla su vida en un tiempo difícil para las

mujeres, siendo ellas parte de la población tratada como seres especialmente vulnerables, según afirman teólogos de la época como Juan Díaz o Agustín López en sus escritos, mantienen que a este género le resulta imposible oponerse a las tentaciones del diablo o a la tentación de la carne, lo cual se intenta solventar con la protección mediante el enclaustramiento, consecuencia del gran número de publicaciones que en esta época describían el Orden Natural de los sexos. Esto hace que las mujeres se clasifiquen según su comportamiento se asemeje, más o menos, a los de la Virgen María –pureza- o de María Magdalena –pecado-, lo que causa y justifica un sistema de género que, a la vez, respalda el Orden Social imperante en la ciudad.

Concretamente, los escritores españoles dejan latente que el sexo femenino no está capacitado para ejercer ningún poder, ya que se vincula con la emoción, mientras que el sexo masculino es asociado a la razón; en definitiva, los hombres son la cultura y las mujeres, la naturaleza, o, como vemos en la cita siguiente: “Adán era la causa, y Eva que procedía de él, el efecto” (Perry, 1993: 16).

Aunque muchos son los caminos que las mujeres pueden tomar en esos tiempos, Teresa de Jesús elige la vida contemplativa, aunque lejos se queda de este adjetivo, ya que es considerada una de las monjas más importante, no solo por su condición de religiosa, sino también de mujer, debido a que es una de las pocas de su época que se atreve a negociar con los hombres y, sobre todo, a luchar por sus derechos y los de sus hermanas de convento, llegando incluso a ser perseguida por la Inquisición.

Esta mujer fuerte y con carácter no solo contribuye a la defensa femenina con su forma de hablar y actuar en el contexto de su época, sino que destaca además por la amplia y original obra literaria que ha dejado en herencia, en las cuales describe itinerarios de crecimiento humano y espiritual que la ha convertido en maestra de un camino de interioridad y de comunicación con Dios. Una de sus obras originales más conocida se encuentra en el Convento de las Teresas de Sevilla: *Las Moradas*, obra didáctica en la que desarrolla su espiritualidad interior.

En todos sus escritos Teresa deja patente su condición de mística, su relación con lo extrasensorial, su particular locura en cuanto al terreno literario, que reside en la paradoja constante o en la búsqueda de la divinidad con tales títulos de poemas como *Vivo sin vivir en mí*, *Si el amor que me tenéis, ¡Cuan triste es, Dios mío...!* o *Alma, buscarte has en mí*, que muestran esta conexión de la monja con lo espiritual, vinculación que la hace trascender lo cotidiano y otorgarle una consideración especial que merece ser estudiada.

Tres siglos más tarde y en el continente recién descubierto en la época de Santa Teresa, nace Delmira Agustini, más concretamente, en Montevideo (Uruguay) en 1886. Se educa en el hogar como era propio de las señoritas de clase media alta, recibiendo clases de francés, música y pintura. Se muestra muy sensible e inteligente desde pequeña, y la crítica señala que ya a los 10 años compone versos, aunque por otra parte, tenía poca vida social con otros niños al ser introvertida y callada, además de que le parecía frívolo juntarse con muchachas de su edad, prefiriendo la compañía de la lectura, la escritura o el piano. Luego establece contacto con intelectuales mayores en edad como Julio Herrera y Reissig. Sobre el padre de Delmira se dice lo siguiente:

Era un sólido hombre de negocios, actividades de banca y de bolsa, además de ganaderas [...]. Parece haber sido un hombre pacífico, dulce y en la intimidad, completamente débil y sin carácter, acatando siempre las decisiones de su mujer (Álvarez, 1979: 6).

Esto puede permitirle una mayor libertad para desarrollarse como mujer trabajadora en el entorno de una profesión tan controlada por los hombres como la escritura. Por otro lado, Álvarez también sostiene que Delmira fue una niña más mimada y mejor tratada que su hermano mayor (1979: 6), y esto también puede influir en su futura vocación al otorgarle la familia mayores privilegios. Bastante desarrollada para su edad, desde su madre hasta las personas de su entorno la toman por superdotada, de ahí su aislamiento en la sociedad que la margina por su elevada intelectualidad, viviendo una niñez poco común. Destaca poco a poco por su carácter especial con respecto a los otros niños, desarrollándose como una joven incomprendida que vive fuera de la norma y quiere hacer valer su propia individualidad por medio de la escritura. Ella, al contrario que la gente de su edad, piensa que la poesía es algo que se practica como regla general, lo que demuestra su alejamiento de lo cotidiano. El padre va pasando a limpio lo que escribe su hija como si se tratase de su secretario y la madre la protege en su solipsismo habitual. La familia difunde su obra y le hace propaganda al estar muy bien relacionada, lo que supone el incondicional apoyo a su hija en la escritura, que parece ser la mejor forma de socializarse luego con otros escritores y que le permite expresar una voz propia femenina, que explora temas que a los hombres ni por casualidad se les ocurriría tratar. Escribe artículos en prosa con el seudónimo de “Joujou” y, según Álvarez, “se trata de retratos-medallones, de señoritas de sociedad, género muy frecuente en esos años” (1979: 13). Delmira escribe sobre otras mujeres para sentirse dentro de una colectividad; tiene la necesidad de trascender su individualidad con la visibilización que

supone la escritura en una revista de la época, como es el caso de *La Alborada*, donde practica estos ensayos. Por otro lado, para componer sus poemas se enclaustra en su propia habitación mientras su madre custodia el silencio absoluto en la casa. Su única comunicación con el exterior por entonces con la sociedad se establece desde la escritora a los lectores.

En la sociedad uruguaya en la que crece Delmira cada vez se lucha más por los derechos de las mujeres, hasta llegar en 1907 -justo cuando se publica su primera obra, *El libro blanco*- al Parlamento la Ley del Divorcio, signo de la emancipación de la mujer y la independencia con respecto al hombre. Además el impulsor de este proyecto luego se convertirá en su abogado defensor en la separación de su marido Enrique Reyes. Ahora la mujer está más cerca de valerse por sí misma, incluso de publicar un libro de poemas como si de un autor masculino se tratase.

En definitiva, nos encontramos con dos mujeres a las que les marca fuertemente su infancia y adolescencia, y están en continua búsqueda de sí misma y de una personalidad femenina que rompa los esquemas. A continuación analizaremos esta actitud vital transgresora en sus producciones líricas.

2. LA MÍSTICA DE LOS TEXTOS

Santa Teresa de Jesús, como hemos apuntado antes, está plenamente imbuida en el ambiente idealizado que los libros de caballería le aportan en su tierna infancia. Además, otras lecturas del momento como los romanceros y otras composiciones llevan a nuestra protagonista a un estado de evasión, búsqueda de una realidad paralela para escapar de la mundana cotidianidad. Esto, ligado a su honda concepción espiritual, por no decir a su afán de intelectualidad y avidez de conocimiento, empuja a la Teresa adolescente a entrar en el convento. Este contacto con la religiosidad católica que ahora experimenta desde la propia Iglesia la lleva a seguir creyendo en algo más allá de su propio mundo, algo que se plasmará en su obra poética en cuanto a la búsqueda insaciable de la fusión con la divinidad. Así, este acto de unión podemos ponerlo en paralelo al que Delmira Agustini intenta expresar en sus páginas. Las dos autoras consiguen moverse en un estado místico en el nivel literario, siempre teniendo en cuenta las diferencias de época que entre ambas hay.

Delmira, por otro lado, en sus comienzos está muy influida por sus lecturas de autores masculinos, pero luego va modelando una voz muy propia, muy

significativamente femenina, que rinde culto al cuerpo de la mujer y a su alma única. Supone una evolución en la voz poética, una forma de reconocimiento, y sus versos pueden convertirse en instrumentos de visibilización de la mujer creadora. Además cuestiona las normas y establece sus propias reglas como muestra en su lírica, por ejemplo en “Al vuelo” en *El libro blanco*:

La forma es un pretexto, ¡el alma todo!
La esencia es alma, -¿Comprendéis mi norma?
Forma es materia, la materia lodo.
La esencia es vida. ¡Desdeñad la forma! (Álvarez, 1979: 18)

Bajo el lema de poner por encima la forma en el modernismo, Delmira se sale de la línea oficial, y destaca el alma, el contenido espiritual o sentimental, pero también lo podemos interpretar con una segunda lectura que evidencie la independencia de la mujer con respecto al hombre, que es quien posee el control cultural en la sociedad, pues se rebela contra el canon poético dominante. Parecido es el caso de Teresa de Jesús, que escribe sobre teología, literatura y otras muchas cuestiones solo al alcance de los hombres, incluyendo el erotismo que implícitamente desprenden su escritura ascensional, un erotismo místico desconocido para el resto de la sociedad que va más allá del carnal. Una muestra de esta idea la encontramos en el poema “Si el amor que me tenéis”:

-Alma, ¿qué quieres de mí?
para hacer un dulce nido
y en amor toda encendida (Teresa de Jesús, 1970: 715)

En cuanto a Delmira Agustini, el éxtasis místico que experimenta en sus versos se produce en parte por la gran carga esotérica que había entonces en la sociedad, “un erotismo mental que estaba en el ambiente espiritual de su época” (Álvarez, 1979: 24), algo que también puede entenderse como consecuencia del amor carnal con Enrique Reyes, ya que se podría decir que esta poeta “busca la libertad sexual y la construcción de un yo poético” (Cáceres, 2000: 257) a través de sus versos. Apunta Álvarez al respecto:

Ese mundo mítico abarcaba, en resumen: cultivo del Yo genial, de excepción, enfermo; idealización o trascendentalización de lo erótico-carnal, que se convierte en un principio ‘metafísico’ del Universo; la experiencia erótica como experiencia mística de unidad con un pretendido Todo metafísico (1979: 33).

Delmira, por otra parte, toma a Rubén Darío de guía y confesor espiritual, haciendo incluso un intento de igualarse a él en las cartas que le manda, lo que implica su esfuerzo para integrarse en el canon literario modernista, en cuya cúspide se visualiza un escritor masculino y profundamente venerado. Ya supone un gran adelanto para una mujer escritora del momento que el aclamado Darío introduzca su libro, como es el caso del “Pórtico” de *Los cálices vacíos*:

De todas cuantas mujeres hoy escriben en verso ninguna ha impresionado mi ánimo como Delmira Agustini, por su alma sin velos y su corazón de flor. A veces rosa por lo sonrosado, a veces lirio por lo blanco. Y es la primera vez en que en lengua castellana aparece un alma femenina en el orgullo de la verdad de su inocencia y de su amor, a no ser Santa Teresa en su exaltación divina. Si esta niña bella continúa en la lírica revelación como hasta ahora, va a asombrar a nuestro mundo de lengua española. Sinceridad, encanto y fantasía, he allí las cualidades de esta deliciosa musa. Cambiando la frase de Shakespeare, podría decirse “that is a woman”, pues por ser muy mujer dice cosas exquisitas que nunca se han dicho. Sean con ella la gloria, el amor y la felicidad. (Agustini, 2013: 172).

A través de este texto el rol de la mujer existente en la época queda perpetuado como un ser sensible, un ángel del hogar a quien en este caso se le permite escribir porque es una joven bien relacionada en la sociedad uruguaya, pero que a la misma vez muestra valentía al tratar temas tabú como la sexualidad desde un yo poético situado en la orilla contraria al masculino. Este “Pórtico” del nicaragüense supone una muy válida carta de presentación al público lector, y a partir de él, Delmira obtiene un mayor atractivo tal y como muestra la crítica:

Para muchos, este juicio de Darío, convirtió a D. A. en una poeta mística, una figura cuyo exceso podría ser aceptable no como un derrame erótico sino un cáliz donde celebrar lo divino. Lejos de connotaciones religiosas, la poesía de D.A. puede tan solo considerarse “mística” en el sentido de “lo que incluye misterio o razón oculta” (Cáceres, 2000: 260-261).

En el mismo camino del erotismo, estas dos poetas experimentan estados de embriaguez místicos a través de la relación entre lo intelectual y lo extrasensorial, con una comunicación intrapersonal que las enriquece de sabiduría, albergando un conocimiento que les permite apreciar un estado de plenitud mediante sus versos, en los que dejan plasmada esa búsqueda de lo divino sin dejar de lado, en el caso de Santa Teresa, la castidad, no solo de forma carnal, sino también de forma ilusoria, ya que anhela la unión con su amado, Dios, no siendo esto por otra parte requisito a cumplir por la poeta nicaragüense, aunque como afirma Lanieri también lo reprime:

También en "íntima" la voz hablante femenina -tras manifestar el haber reprimido ella misma sus propios impulsos sexuales vuelve a apuntar a una dimensión delirante, entre lo onírico y una intensa actividad visionaria, donde se satisface el deseo: dicha experiencia se convierte en un viaje al interior de sí mismos que posibilita rebasar lo circunstancial y acceder a otro estadio del *conocimiento* ("beberé en tus fuentes... *la verdad*") (2002: 424).

Siguiendo en la misma línea, no solo es el descubrimiento de la sabiduría lo que le preocupa como mujer a Delmira. Dejando de lado su parte intelectual, recoge un nuevo recelo, el amor, no entendido como un amor carnal del que quedaría totalmente excluida la que podemos llamar ya su antecesora Santa Teresa -con su condición de mujer de Dios-, un amor conocido por lo divino a través de los versos decimonónicos que dejan al descubierto esta inquietud:

deslumbrar la Vida
y ha de ser un dios nuevo! (Agustini, 2013: 194)

Por otra parte, estas dos poetisas desde el punto de vista de la mujer eligen el mismo modo para transmitir la pasión que persiguen en la búsqueda de la razón. Colocándose ellas mismas como sujetos de la pasión, utilizan el yo poético plasmándolo en sus versos tal y como afirma Poveda Ariño (1984: 89), algo inusual en los tiempos en los que viven, ya que aunque no son épocas coetáneas, algo comparten en lo que a la situación femenina en la sociedad se refiere, considerando por ello de nuevo el arriesgado papel que vuelven a jugar estas mujeres cuando se atreven a colocarse como protagonistas, siendo en los dos momentos el hombre -tomado como ser masculino- el centro de todo poder. Vemos a continuación dos ejemplos de esa presencia de la mujer como individuo destacado que tanto Santa Teresa como Delmira Agustini defienden:

Iremos?... Yo ya muero de vivir y soñar (Agustini, 2013: 216)

Alma, buscarte has en Mí
y a Mí buscame has en ti (Teresa de Jesús, 1970: 717)

En el léxico que usan tanto la religiosa como la poeta uruguaya hay muchas concomitancias, normalmente referidas a conceptos metafóricos o alegóricos más propios de una monja como Teresa de Jesús que de una escritora modernista que escribe sin tapujos. Pero Agustini en *Los cálices vacíos* en el poema "Visión" parece seguir los pasos de la Teresa de Jesús de "Alma has de buscarte en mí", ya que la imagen del hogar se presenta del mismo modo. Delmira hace uso de la alegoría de la "alcoba",

mientras que la religiosa se refiere al “aposento”, señal posiblemente indicadora de que las dos mujeres encuentran de forma exclusiva en su hogar el lugar de recogimiento, comodidad y descanso. En relación a su contexto socio-histórico, la mujer vive reprimida en casi, por no decir todos, los espacios que habitan. De esta forma, las poetisas encuentran en sus alcobas o aposentos el lugar idóneo para comportarse tal y como ellas son, para ser libres y plasmar en papel sus inquietudes.

En mi alcoba agrandada de soledad y miedo,
Taciturno a mi lado apareciste (Agustini, 2013: 186)

Porque tú eres mi aposento,
Eres mi casa y morada (Teresa de Jesús, 1988: 717)

Otro motivo recurrente es el desvelo y a la misma vez el sueño -morir en la eclesiástica-, relacionando los dos términos con la oscuridad de la noche, algo que es observable también en cada una de las poetisas que muestran una inquietud interior que podríamos considerar como la preocupación por lo comentado en líneas anteriores: la sabiduría y el amor, llevándolas a la misma vez al sueño o a la muerte, trances que ayudan a alcanzar lo anhelado. Las dos demuestran un nerviosismo individual tomado como interés por conocer todo aquello desconocido hasta el momento para ellas, una vez más por pertenecer al sexo femenino, al que no se le tiene en cuenta y se le aparta de ciertos saberes por formar parte del “sexo débil”. Vemos a continuación algunos ejemplos en el que tanto Santa Teresa como Delmira Agustini dejan patente este celo:

Me abismo en una rara ceguera luminosa
Un astro, casi un alma, me ha velado la ida. (Agustini, 2013: 196)

Duermes tan hondo que no despiertas (Agustini, 2013: 197)

En vuestra mano encendida
tened siempre una candela,
y estad con el velo en vela (Teresa de Jesús, 1988: 725)

Que muero porque no muero
Vivo ya fuera de mi (Teresa de Jesús, 1970: 713)

La uruguaya y la avilense también se acercan en el uso de la simbología religiosa, aunque no muchas veces lo hagan con un mismo objetivo, ya que se trata, como hemos mencionado anteriormente, de dos mujeres muy distintas en cuanto a tiempo y condición, pues Santa Teresa tiende a una mística relacionada con el catolicismo, y

Delmira usa estos elementos de la tradición cristiana para crear su propia mística del erotismo.

Otro aspecto sumamente transgresivo de la poesía de Agustini [...] está representado por una fuerte utilización de elementos e imágenes pertenecientes a toda una simbología religiosa que se supedita a la finalidad de divinizar lo erótico. Si bien es cierto que este recurso encarna ese desacralizador y provocatorio proceso artístico de secularización literaria, emprendido durante el modernismo por sus mayores exponentes para liberar la sexualidad de la represión operada por la moral burguesa, no cabe duda de que su utilización por parte de escritoras (invirtiéndose, de paso, los términos del ritual eucarístico -traslación de la unión sexual- al celebrarlo una *sacerdotisa*) adquiere tonos blasfematorios aún más intensos y subversivos (Lanieri, 2002: 422).

De acuerdo con este argumento, el propio título de la obra de Agustini: *Los cálices vacíos*, nos indica cómo el continente, la forma, el significante bebe de la tradición religiosa, aunque en su caso para rellenar esos cálices de una sustancia nueva, mística y erótica. En los versos que suceden podemos observar cómo las dos poetisas toman lo celeste como elemento religioso, como el cielo al que toda persona aspira al final de sus días, ya que su belleza parece insuflar divinidad:

Celestes donde fulge
Invisible la perla de la Hostia (Agustini, 2013: 205)

Aspira a lo celeste,
que siempre dura (Teresa de Jesús, 1970: 718)

No solo en el concepto de lo celeste podemos encontrar relaciones intertextuales, sino también en otros tópicos universales como el “vivir”-“morir” (Teresa de Jesús, 1970: 713) y que Agustini recreará en algunos de sus versos, por ejemplo: “En la cálida tierra de tu cuerpo!” (2013: 194), donde vislumbramos un intento de alcanzar el éxtasis poético en una ascensión o clímax hacia lo divino mediante el orgasmo terrenal. Estas construcciones duales son recurrentes en Santa Teresa, pero Delmira también se valdrá de ellas a veces para cifrar sus más profundos deseos.

3. CONCLUSIONES

Los cálices vacíos se crean en un momento hiperestésico según la propia Delmira Agustini argumenta al principio de la obra, “Al lector” (Agustini, 2013: 209). Esto sumado a la “intoxicación espiritual” del “misticismo erótico” de su época (Álvarez, 1979: 25) determinan a la uruguaya a experimentar un mismo fervor ascensional que en

su momento vive Teresa de Jesús. Su religiosidad puede parecer muy lejana y en un claro contraste con la poesía de Agustini, ya que hay en la uruguayana un proceso de profanar lo divino, una especie de heterodoxia propia de una espiritualidad individual, en una línea distinta de la católica a través de la teología modernista, pero usando los símbolos y cauces cristianos en un intento de trascender lo mundano e ir más allá de la realidad sensorial. El erotismo se convierte también en un camino de éxtasis paralelo a este ascetismo de simbología católica, que a veces se encuentran, otras se alejan, pero siempre buscan un objetivo común: la fusión con lo divino.

En definitiva no podemos concluir que estas dos mujeres tengan una vida paralela y sus obras sigan una misma dirección, ya que su contexto sociocultural las aleja, pero sí es posible abstraer axiomas como el asumir la responsabilidad que ellas tienen en cuanto al estereotipo de la mujer en su tiempo, así como destacar brillantemente en la escritura literaria, recibiendo las dos un reconocimiento internacional en cuanto a la crítica actual.

Para terminar, creemos que la mejor forma de entender la pasión vital de Santa Teresa de Jesús es conocer la opinión de otra voz de su época, y así dice Fray Luis de León sobre la avilense: “que el ardor grande que en aquel pecho santo vivía salió como pegado en sus palabras, de manera que levantan llama por dondequiera que pasan” (Menéndez Pidal, 1970: 49). Delmira Agustini siglos después no se convertiría en santa, pero sí en musa de un erotismo místico insondable por las leyes físicas del universo gracias a la escritura, la herencia de lo sagrado.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Agustini, D., *Los cálices vacíos*, Granada, Point de Lunettes, 2013.
- Álvarez, M., *Delmira Agustini*, Uruguay, Arca, 1979.
- Cáceres, A., “Delmira Agustini: la búsqueda de la libertad sexual y la construcción del yo”, en *Delmira Agustini y el Modernismo*, Tina Escaja (comp.), Rosario, Beatriz Viterbo Editora, 2000, pp. 257-269.
- Lanieri, M. C., “El imaginario erótico femenino en Delmira Agustini y Alfonsina Storni”, en *Acti del XX Convegno [Associazione Ispanisti Italiani]*, 2002, pp. 421-434.
- Menéndez Pidal, R. “El estilo de Santa Teresa”, en *Obras completas*, Madrid, Aguilar, 1970, pp. 713-730.

PERRY, M. E., *Ni espada rota ni mujer que trota: mujer y desorden en la Sevilla del Siglo de Oro*, Barcelona, Crítica, 1993.

Poveda Ariño, J. M., *La psicología de Santa Teresa de Jesús*, Madrid, Ediciones Rialp SA, 1984.

Teresa de Jesús, *Obras completas*, Madrid, Aguilar, 1970, pp. 713-730.